

LA IGLESIA PEREGRINA

Desde que mis padres me introdujeron la fe, me volví más activo y fiel a la liturgia de la iglesia. Una de las tradiciones / formas de oración de la iglesia que esta grabada en mi mente y se convirtió en parte de mi vida fue asistir a las procesiones durante las principales fiestas de la Iglesia Católica. Unirme a una procesión se convirtió en una expresión de fe muy significativa. Cuando me integre al seminario y estudié Teología, se hizo aún más hermoso para mí. Una procesión es una expresión concreta de la realidad de la Iglesia como peregrino. Bajo la dirección de Cristo y con la Santísima Madre Maria y los Santos, la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, realiza incansablemente una procesión de por vida hasta que todos alcancen la plenitud de la Santidad en el Reino prometido.



El elemento procesional está muy recalcada en la celebración litúrgica del Domingo de Ramos. La Santa Misa ordinaria en realidad comienza con una procesión (mientras la gente se reúne dentro de la Iglesia y el celebrante asciende al santuario) y la Misa también termina con una procesión (mientras que las personas son enviadas con la bendición final enseguida el celebrante sale del Santuario). El acto de procesión, sin embargo, no comenzó desde los seres humanos, sino que Dios mismo lo actuó primero. A medida que el Hijo procede del Padre, ahora vemos al Hijo haciendo una procesión a la ciudad Santa de Jerusalén, al pueblo de Dios. En otras palabras, no somos nosotros quienes comenzamos la procesión hacia Dios, sino que es Dios quien primero representó una procesión para nosotros para que podamos hacer nuestra procesión hacia Dios. ¿Por qué el Señor abrazó este acto de procesión? Es para revelar que Dios nunca deja de buscar a los perdidos como lo que siempre ha hecho desde el comienzo de la creación cuando buscaba a nuestros padres perdidos en el jardín de Edén (Génesis 3: 8).

Hoy la liturgia también retrata la realidad de la vida de la Iglesia como peregrina. La vida de un cristiano es una vida que siempre se encuentra entre la tensión de la luz y la oscuridad. El Señor abrazó este tipo de vida cuando se vació a sí mismo y tomó la forma de esclavo y así se hizo obediente hasta la muerte y en una cruz (Filipenses 2: 6-8). Por lo tanto, en las lecturas que escuchamos el Domingo de Ramos, nos hace eco de la feliz entrada del Señor en Jerusalén. De repente nos encontraremos con el siervo sufriente en Isaías, el Dios que abrazó la muerte y el Señor siendo una víctima de los celos y el poder. La verdad sagrada revelada por las lecturas se culmina en la mesa de la Eucaristía. Santo Tomás de Aquino enseña que el altar sacramentaliza la cruz. Como en la cruz, la sangre de Cristo se separa de su cuerpo, lo que causaría la muerte, por lo que es también en el

altar donde encontramos la separación del cuerpo y la sangre de Cristo en forma de pan y vino, un recuerdo de la Santa muerte de Cristo

La tensión en la vida del discipulado también es retratada por los dos personajes en la lectura del Evangelio: la mujer que ungió al Señor con aceite caro y Judas que intercambió a Jesús por una buena suma de dinero.

La liturgia del Domingo de Ramos nos ayuda a reflexionar sobre nuestra propia jornada de vida como personas bautizadas. En este viaje es inevitable encontrar alegrías y tristezas, diferentes tendencias que ocurren y diferentes tipos de personas como la mujer y Judas. Sin embargo, un verdadero discípulo del Señor nunca abandonará el camino de la fe porque hay una verdad que permanece en el igual desde el principio hasta la plenitud de los tiempos: que el amor de Dios, plenamente tal y como lo revela Cristo, está presente en toda jornada/viajes que tendremos en la vida.

El amor de Dios es verdad y este amor llega a todos, incluso si somos como la mujer o como Judas. El amor del Señor nunca cambió ni cambia incluso hacia las personas que lo recibieron antes, luego lloraron por su crucifixión más tarde, porque el amor de Dios es verdad, y la verdad no cambia.

Al comenzar la Semana Santa, no nos debilitemos por los sufrimientos del Señor, sino permitamos que nuestra contemplación hacia sus sufrimientos sea la fuente de fortaleza para vencer las pruebas de la vida hasta que nuestra procesión llegue a su Reino.